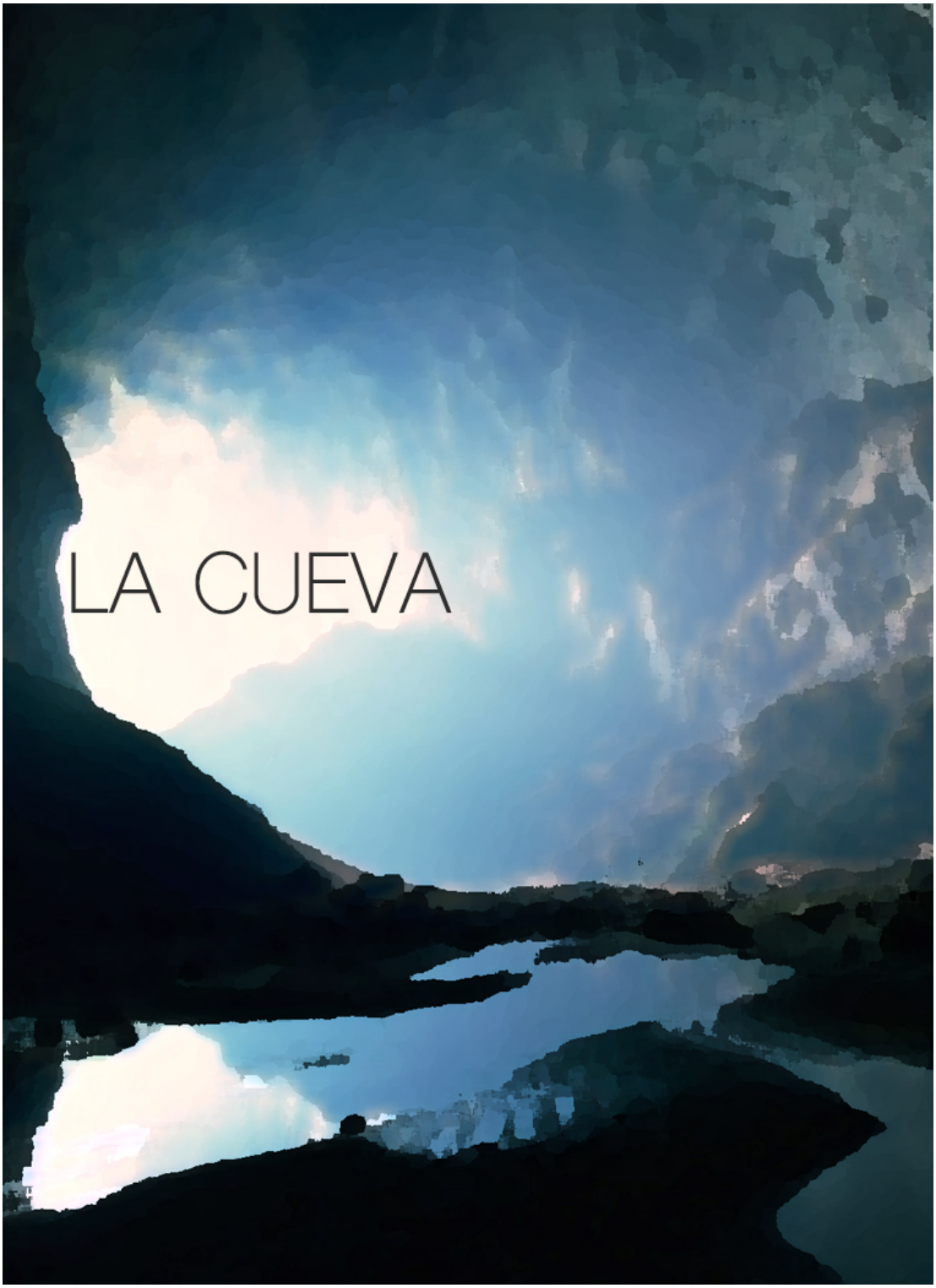
La cueva

Adrien Tartakovsky



Capítulo 1

Transcurría el año 1980.

José se encontraba en su cueva y aún no pretendía salir. Había pasado mucho tiempo ahí, en una larga espera, pero todavía no encontraba motivos suficientes para salir del refugio.

Afuera, el sonido de las constantes conversaciones entre diversas personas, le indicaban que la sociedad de esa época se encontraba en una gran inestabilidad. Cada comentario que oía, le hacia dudar y volver a plantearse la opción de enfrentarse a la sociedad que ahí afuera esperaba.

Desde hace unos dos meses que sentía que el lugar ya no le podía ofrecer más amparo. Creía que podía salir de ahí, pero cada vez que lo intentaba, una mujer, al parecer la patrona del lugar, lo atemorizaba a gritos. Eran verdaderos alaridos de castigo que, de alguna manera, le demostraban que, aquel mundo, le haría sufrir más de lo que se podía imaginar.

A pesar de lo flagelante que sonaban los gritos, José sentía que la mujer, en su afán de querer protegerle de lo que había afuera, lo atemorizaba. En realidad lo aterraba de una forma inimaginable, aunque cada vez que esto sucedía, pasaba el tiempo y José empezaba a cavilar respecto al terrible mundo del que la patrona lo protegía. Así fue como le llegó a tomar algo de cariño, casi como si se tratara de una mártir que padecía en vez de que él lo hiciera.

De igual manera, José seguía tratando una y otra vez, pero la lucha era imposible. No podía contra el espanto de los alaridos.

El tipo en sus desesperación comenzó a reflexionar:

“¿Y si nunca salgo de este hoyo y espero el día de mi muerte en este lugar? No sé si no tengo la valentía para exponerme a lo que hay afuera o si la obsesión por este lugar, el amor que siento por cada recoveco, lo acogedor del ambiente, es lo que me ata a estas paredes.

“Vivo día y noche sumido en una interminable oscuridad, pero no echo de menos ver algo mas que lo profundamente negro. Sé que si llego a ver que hay afuera, me estremeceré y perderé la cabeza. Además, el general podría llevarme preso y no pretendo pasar el resto de mi vida en un calabozo que, a diferencia de este lugar, será frío, inerte, desconocido y no me protegerá.

“Sin duda que hay alguna razón por la cual la patrona no me quiere dejar salir. Yo sé que ella es buena, a pesar de la precaria comunicación que a

mantenido conmigo. Sus gritos me ponen la piel de gallina, aunque, de igual modo, siento que lo hace para bien.

"Una posibilidad muy real sería prepararme para todo lo que hay en el exterior. He escuchado de temas como la computación, la televisión, el espacio, la guerra u otras tantas temáticas que desconozco en totalidad. He pensado que puedo leer libros sobre este mundo, sobre la ciudad que hay construida a la salida de esta gruta. Tal vez algún diario que me cuente de actualidad o cualquier medio que me enseñe las generalidades de la sociedad. ¡Ah! Pero se me había olvidado que en este lugar no puedo leer. Mmm. Al parecer no hay manera, o tal vez, sólo una.

"Sé que tengo miedo, pero también siento mucha curiosidad. Creo que saldré ¿O no? El deseo de saber me mata, pero no quiero morir al salir. En realidad ya lo he decidido. ¡Creo que hoy será el día! Lo siento por la patrona, pero hoy la enfrentaré y no la escucharé.

José, decidido, inició la travesía. Se arrastraba hacia la salida y no pasó mucho tiempo antes de que comenzara a sentir los profundos gritos de la patrona. Quiso retroceder, pero en eso recordó cada tema que tenía en la cabeza. Apretó la mandíbula y continuó. Ahora vio una luz al final de la cueva. Una esplendor calido, nuevo respecto a todo lo que había vivido hasta entonces. El resplandor le daba fortaleza y ganas para seguir la travesía.

Parecía un reptil por su manera violenta de moverse. Se esforzaba al máximo y trataba de expulsar de su cabeza los fuertes chillidos que acudían desde las afueras.

Estaba a un paso de salir y por un instante se le pasó por la cabeza el amor que sentía hacia la cueva. Sabía que ningún lugar sería tan rico, tan vivo, tan madre como ese. Pensó en volver, pero se dio cuenta que era el tiempo de dejar ese hogar.

Finalmente salió. Sintió un tremendo ardor en los ojos, como si hubiese sido fuego lo que los cubría. El ambiente era gélido y José sentía que sus huesos se trizaban de frío. Parecía que llovía o la humedad era demasiado intensa. Le costaba respirar y a cada bocanada de aire los pulmones se le llenaban de un oxígeno pesado y denso como el aceite.

Súbitamente se encontró con otra persona. Sólo una y, al parecer no era la patrona. Rogaba para que no fuera el general, ya que sabía que, de ser así, este podía ser su fin.

El sujeto se acercó, lo tomó por la espalda y se dispuso a decir algo. José imaginaba que le dictaría sus derechos o algún juicio inmediato. Acto

seguido el sujeto pronunció:

“Señora Jimena, es una varón. ¿Quería ponerle José?”